

do que sirvan para reparar las que en otro tiempo habeis hecho con tan poco respeto y con tanta indevacion. No hay cosa mas edificante, no la hay mas cristiana que acompañar al Santísimo Sacramento cuando se le lleva á los enfermos. Los príncipes no salen jamás de sus palacios sin que lleven una comitiva y una córte numerosa. ¡Ah! Jesucristo sale de su templo para ir á casa de los enfermos; ¿quién es el que se apresura para acompañarle ¿? qué córte se hace á Jesucristo y á nuestras Iglesias? Reglad de hoy mas la conducta que querais conservar sobre este punto. Si estais en el mundo, decid todos los dias de la octava el oficio pequeño del Santísimo Sacramento, y decidle de hoy en adelante el jueves de cada semana.

---



---

DOMINGO INFRAOCTAVO

DEL SANTÍSIMO SACRAMENTO,

Y SEGUNDO DESPUES DE PENTECOSTÉS.

---

**E**STE domingo es propiamente la continuación de la fiesta solemne del Santísimo Sacramento y de la celebridad del triunfo de Jesucristo en la Eucaristía. Toda la octava no es mas que la fiesta, esto es, una sola fiesta solemne que dura ocho dias. Siendo por otra parte siempre solemne el domingo, aumenta tambien la devoción y la celebridad de la fiesta.

El intróito de la misa del dia está tomado del Salmo 17, que es un cántico de accion de gracia que David da á Dios por haberle sacado de tan-

tos peligros y haberle puesto generosamente bajo de su proteccion, con lo que no teme ya á sus enemigos, y á la cual reconoce que debe todas las victorias que ha conseguido.

Nosotros podemos decir que toda nuestra fortaleza esta en Jesucristo en el Santísimo Sacramento. Tenemos en la Eucaristía un antemural que no es capaz de forzar nunca todo el infierno. ¿Qué proteccion mas ilustre ni mas segura que este divino Salvador en nuestros altares? La Eucaristía es nuestro apoyo, nuestro consuelo, nuestro refugio, todo nuestro recurso en todos los peligros de esta vida. Movida la Iglesia de este espíritu, comienza la misa de este dia por el versillo de este salmo que tambien espresa los vivos y afectuosos sentimientos de reconocimiento y de amor de que deben estar poseidos todos los fieles al acordarse de los grandes auxilios y de los bienes infinitos que hallamos en el Santísimo Sacramento. *El Señor se ha hecho mi protector de una manera muy singular, haciéndose mi alimento: ya no me veré estrechado por mis enemigos, porque el Señor me ha puesto en franquia.* Yo reconozco sin que me quede duda que *el exceso de su amor inmenso es lo que me ha salvado.* El testimonio mas brillante de su ternura es la prenda de mi salud. Tambien yo amaré á mi Salvador con todo mi corazon, con toda mi alma, con todas mis fuerzas. ¿Y cómo podria yo, ó Dios mio, despues de haberme dado una señal tan prodigiosa de vuestro amor, no amaros con todo mi corazon, ó amaros solo á medias ó

con reserva? *Yo os amaré, Señor, á vos que sois mi fortaleza. El Señor es mi apoyo, mi refugio y mi libertador.*

La Eucaristía es el pan de los fuertes; es el pan celestial, el pan divino, el pan de vida, del que no era mas que la figura el que el ángel trajo á Elias, y le dió tanto vigor para continuar su camino. *A los que escitamos y exhortamos al combate por la fe,* decia S. Cipriano escribiendo al papa Cornelio, *no dejamos que entren en el campo de batalla sin que esten antes fortalecidos, y como armados con el cuerpo y con la sangre de Jesucristo por la comunión.* Nosotros debemos salir de la santa mesa como leones, dicen los Padres, respirando el fuego divino que enciende en las almas el cuerpo y sangre de Jesucristo; ¿y qué animo, qué fortaleza no debe escitar?

La Epístola de la misa de este dia esta tomada del Capitulo 3 de la primera Epístola canónica de S. Juan. Acababa de referir el Apóstol el ejemplo de Cain, que arrastrado de la envidia mas maligna que hubo jamás, mató á su hermano Abel, no pudiendo sufrir que Dios diese á Abel señales de preferencia, aceptando sus ofrendas que eran santas, al paso que reprobaba las suyas, porque eran malas é indignas de la majestad de Dios. No habia cosa mas injusta que los zelos que habia concebido Cain contra su hermano.

El Evangelio de la misa de este dia no tiene menos relacion con el gran misterio cuya fiesta se continúa. Contiene la parábola de los convi-

dados que se escusan de asistir al festin, y cuyo lugar se llena por otros que no habian sido llamados al principio.

Comiendo Jesucristo un sábado en casa de uno de los principales fariseos, tomó ocasion en una palabra que dijo uno de los convidados, sobre la felicidad de los que estarán en el festin en el reino de los cielos, para hacer la parábola siguiente.

Figuraos, les dice, un hombre rico que hace preparar una gran cena á la cual convida mucha gente. Habiendo llegado la hora, envia uno de sus domésticos á decir á los convidados que todo está pronto, y que se les espera. Mas en lugar de darse ellos priesa y de agradecer, por lo menos el favor que se les hace, contestan solo con excusas tan vanas como frivolas. Dice uno que ha comprado una heredad, y que tiene precision de ir á verla; otro que ha comprado cinco pares de bueyes, y que vá á probarlos; el tercero da por excusa de su negativa que se ha casado, y que no le es dado dejar aquel día á su nueva esposa; todos en fin, se excusan, y le envian á decir que no los espere. ¿Qué pensais que hace el señor cuando se le dice lo que ha pasado? En prueba de su resentimiento, y ofendido de un desaire semejante y de una ingratitud tan indigna; anda, le dice al criado, ve inmediatamente á las calles, á las plazas públicas de la ciudad y á las enrucijadas, y tráeme todo el que encontráres de pobres, baldados, ciegos y cojos: ejecutóse sobre la marcha la orden. Vié-

ronse entrar en la sala del festin multitud de pobres que daban saltos de alegría al verse llamados á una mesa tan buena. Aunque fué grande el número quedaron, sin embargo, muchos sitios vacios. Sabido esto por el señor: Vuélvase inmediatamente, dice, sálgase á los caminos reales, y á lo largo de los vallados, recójase todo mendigo y extranjero que se encuentre, para que no quede ni un solo puesto vacio; ruégue-seles, que vengan, obligueseles, fuércelese aun en alguna manera á que entren hasta que se llene mi casa; no quiero ver puestos vacios á mi mesa. En cuanto á los que yo habia tenido la bondad de convidar desde el principio á mi festin, se han hecho indignos, y yo aseguro que ni uno de ellos gustará de él.

Es evidente que esta parábola en el sentido literal mira á los judios y á los gentiles, y su objeto es demostrar la economia de la conducta amable y del todo misericordiosa del Salvador en el establecimiento de su Iglesia. Los judios habian sido los primeros convidados á este banquete misterioso que significaba el reino de Dios, que es la Iglesia. Eran, por decirlo así, los amigos del Padre de familia. Pero habiendo rehusado los principales de la nacion recibir la gracia del Evangelio, se han escludido á sí mismos de la bienaventuranza eterna. Solo algunos pobres pescadores, publicanos, mujeres pecadoras, algunos de la infima plebe han aceptado el convite que se les habia hecho. Tales han sido los primeros discípulos de Jesucristo y las primi-

cias del cristianismo. Esto es lo que quiere dar á entender Jesucristo, asignando como uno de los caracteres de su venida en cualidad de Salvador y Mesías, que el Evangelio se ha anunciado á los pobres. En fin, no habiéndose aun llenado la sala del banquete con los judíos convertidos á la fé, Dios ha enviado á todas partes predicadores para que anunciassen el Evangelio á los gentiles y los pusiesen en el camino de la salud. Hallábanse los judíos en la ciudad en donde habian sido reunidos por los patriarcas y los profetas del antiguo Testamento, y por la ley que Dios les habia dado; hallábanse á la verdad por las calles, por las encrucijadas y las plazas públicas, esto es, muy desordenados por la corrupcion de las costumbres y por la inobservancia de los mandamientos de Dios; pero sin embargo permanecian en la ciudad; esto es, en la sala; entonces, religion verdadera, continuaban siendo aun hasta entonces el pueblo privilegiado; así es que por un efecto de esta predileccion son los primeros convidados, y se les ha predicado antes que á los demas pueblos el Evangelio. Los sacerdotes, los fariseos, los doctores no han querido hallarse en el festin, y han sido escludidos de él para siempre; solo un puñado de gentes pobres de su nacion han sido introducidas en la sala. ¡Qué de reflexiones se agolpan sobre su desgracia!

*La oracion de la misa de este dia es como sigue:*

Haced, Señor, que tengamos de continuo un temor respetuoso y un amor ardiente á vuestro santo nombre, puesto que no abandonais jamás á los que habeis establecido en la solidez de vuestro amor. Por nuestro Señor, etc.

*La Epistola está sacada de la primera carta del apóstol San Juan, (capítulo 3.)*

Carisimos: No lo estrañeis si os aborrece el mundo. Nosotros sabemos que hemos sido trasladados de muerte á vida, en que amamos á los hermanos. El que no ama, está en muerte: cualquiera que oborrece á su hermano, es homicida. Y sabeis que ningun homicida tiene vida eterna que permanezca en sí mismo. En esto hemos conocido la caridad de Dios, en que puso él su vida por nosotros: y nosotros debemos poner nuestra vida por los hermanos. El que tuviere riquezas de este mundo, y viere á su hermano tener necesidad, y le cerrare sus entrañas, ¿cómo está la caridad de Dios en él? Hijitos míos, no amemos de palabra ni de lengua, sino de obra y de verdad.

## REFLEXIONES.

*No esté nuestro amor tan solo en las palabras.*

No amar á Dios y á nuestro prójimo mas que con las palabras, es disimulo, hipocresia, desprecio, puede tambien añadirse, impiedad. ¿Ignórase que Dios conoce perfectamente los verdaderos sentimientos del corazon, y que sin el culto interior cuenta por nada la articulacion de la voz y el movimiento exterior de los lábios? Decir á Dios que se le ama mientras que el corazon desmiente nuestras palabras, es creer que el Señor es tan limitado como el hombre en sus conocimientos, tan poco penetrante en sus luces, tan fácil de ser engañado como nosotros; juzguemos qué impiedad seria esta. Vivir persuadidos de que Dios ve nuestro corazon, y que conoce perfectamente lo que pasa en él, y tener la vergüenza de decirle que se le ama, ¿no es esto un insulto y un sacrilego desprecio? ¿Nos atreveriamos á decirle á un hombre que le amábamos, si supiésemos que conocia nuestra frialdad en órden á él, nuestra aversion, la poca estimacion que de él haciamos? Se harian muchos menos cumplimientos, si mutuamente conociésemos nuestros pensamientos. Si somos tan poco sinceros con respecto á Dios, no hay mucho que

extrañar el que lo seamos con respecto á los hombres. Verdad es que el disimulo y la mala fe es el día de hoy una de las mas ordinarias, de las mas comunes cualidades de las gentes del mundo. ¿Y hay acaso mas sinceridad en las protestaciones graciosas, en los testimonios de amistad, aun entre los que hacen profesion de piedad? Jamás se ha visto mas atencion, mas civilidad, mas cortesia que en el día de hoy; pero nunca menos amistad sincera. El interés es el gran móvil que da impulso á toda la máquina. La mas fuerte pasion es el resorte que obra con mas fuerza. ¡Buen Dios, cuán cierto es que la caridad cristiana de la cual habeis hecho vuestro precepto especial, vuestro mandamiento favorito, del que habeis declarado que debia ser semejante al mandamiento de amar á Dios, sobre el que gira toda la ley; cuán cierto es que esta caridad indispensable está quasi procrita en el mundo, y como desterrada del comercio de la vida civil! La jerigonza del desimulo y de un bien parecer officioso, pero vacío y estéril, ha tomado su lugar. No bien se ha enseñoreado del corazon del hombre, cuando se rinde voluntariamente esclavo de su amor propio y de sus pasiones: *No sea, pues, nuestro amor de palabra*: digan nuestros sentimientos y nuestras obras mejor que nuestras palabras si amamos á Dios, y si amamos á nuestros hermanos. Decir que se ama á Dios, y no guardar sus mandamientos, es mentira. Decir que se ama á sus hermanos, y no tener para con ellos mas que dureza ó indiferencia, es moji-

ganga; las obras son un testimonio poco sospechoso de nuestros verdaderos sentimientos.

*El Evangelio de la misa está tomado del de S. Lucas, (cap. 14.)*

En aquel tiempo dijo Jesus á los fariseos esta parábola: Un hombre hizo una gran cena, y convidó á muchos. Y á la hora de la cena envió uno de sus criados á decir á los convidados que vienesen, que todo estaba ya aparejado. Y comenzaron á una todos á excusarse. El primero le dijo: he comprado una granja, y necesito ir á verla: ruégote que me tengas por excusado. Y otro dijo: he comprado cinco yuntas de bueyes, y quiero ir á probarlas: ruégote que me tengas por excusado. Y otro dijo: he tomado mujer, y por eso no puedo ir allá. Y volviendo el siervo, dió cuenta á su señor de todo esto. Entonces, airado el Padre de familias, dijo á su siervo: Sal luego á las plazas y á las calles de la ciudad, y tráeme acá cuántos pobres, y lisados, y ciegos, y cojos halláres. Y dijo el siervo: Señor, hecho está como lo mandaste, y aun hay lugar. Y dijo el señor al siervo: Sal á los caminos y á los cercados; y fuérganlos á entrar, para que se llene mi casa. Digoos que ninguno de aquellos hombres que fueron llamados, gustará mi cena.

## MEDITACION.

*Sobre las excusas que alejan á muchos de la comunión.*

Considera que el verdadero banquete celestial al cual estan convidados todos los fieles, y de el que la cena que habla el Evangelio no era mas que la figura, es la comunión. Este es el banquete divino en que sirven de manjar y de bebida el cuerpo y la sangre de Jesucristo; el Salvador es el que lo ha preparado y convida á todo el mundo. Pero ¿cuántos se excusan y se niegan á concurrir á él? Yo he comprado una casa de campo, dice el uno, y no puedo menos de ir á verla. Yo me he casado, dice otro, y es bien claro que mi excusa es legitima. Otro dice; Yo he comprado cinco pares de bueyes, preciso es que vaya á probarlos. De aquí dice S. Gregorio, los tres grandes principios de nuestra indevoción, de nuestro alejamiento de la comunión y de nuestra repugnancia. El apego á los bienes de la tierra, el interés y el amor del placer son los aciagos lazos que nos encadenan y nos detienen. Por mas que Jesucristo nos envia sus domésticos y sus siervos que nos digan que todo está pronto, y que nos espera á comer en su mesa donde él mismo quiere servirnos su pre-

cioso cuerpo, no se hace caso de un pan divino y de un maná enteramente celestial; nos gustan mas las cebollas de Egipto. Estamos pegados á la tierra por muchas partes: el corazon es demasiado terreno, y el entendimiento apenas es tampoco espiritual. Nos decidimos al servicio del mundo, y este señor, enemigo declarado de Jesucristo y de nuestra salvacion, no se conviene á permitir á sus esclavos el que se hallen en esta divina mesa. Los negocios temporales, el comercio, absorben todo el tiempo, sofocan poco á poco todo espíritu de religion. Los días de trabajo no bastan; un insaciable interés, una codicia dominante quiere tambien aprovecharse de los días de fiesta. El día santo del domingo apenas es para la mayor parte de los hombres el día santo del Señor; las fiestas campestres y lo mas espinoso de los negocios se deja para los domingos y días festivos. La comunion no es cosa que interesa á la mayor parte de las gentes; pide demasiada preparacion y cuidado, y hay otras cosas que hacer. En fin, aun cuando nouviésemos mas que la funesta pasion del placer, es innegable que los lazos que produce son muy fuertes y muy multiplicados; el obstáculo es muy grande para ir á participar de los divinos misterios. Cuando agradan los placeres carnales, la comunion causa tedio. Por mas que el espíritu mundano aduzca cien pretextos plausibles, son vanas y frivolas excusas, siempre nacen de uno de estos fondos. Siempre hay tiempo para hallarse en todas las partidas y reuniones á que el

mundo nos convida; pero si se trata del banquete sagrado, al cual nos convida el Salvador, jamás hay lugar. Por mas que se nos represente que este es el festin de Jesucristo, que es el pan de vida el que allí se nos da, y una vida celestial y eterna, cede siempre al pan terrestre de un puñado de días. Ni la dignidad, ni la majestad del que nos convida, ni el precio infinito del alimento divino que allí se nos dá, ni los auxilios y la fortaleza que allí se encuentra, ni los medios de salud que se hallan allí, nada basta para vencer la repugnancia, señal visible de reprobacion. ¡Cuántas gentes no comulgarian jamás, si bajo pena de pecado y de excomunion no se les forzase á comulgar al menos por la Pascua! y una comunion hecha por fuerza, ¿es una prenda de salud?

No es menos frívola la excusa de aquellas que se alejan de la comunion por un pretexto de respeto y de humildad, respeto simulado, humildad imaginaria y engañosa; puesto que una humildad sincera y religiosa seria una verdadera y santa disposicion del alma para comulgar. Nosotros no somos dignos de comulgar con frecuencia; ¿pero el retiro de la comunion nos hace mas dignos? No se siente uno bien dispuesto; ¿y qué se hace para tener las disposiciones necesarias? Quanto mas uno se aleja de la sagrada mesa, menos dignamente se acerca. Pocos hay de los que solo comulgan una vez al año que no hagan una comunion indigna. Os absteneis de la comunion, dice San Francisco de Sales; no morís, es verdad

de veneno; pero morís de hambre y de inanición. Por mas que se haga un mérito de los motivos especiosos que alejan de la comunión, la verdadera razon para ello es que no se quieren corregir los defectos, ni romper los lazos que son el verdadero obstáculo que lo impide. Conócese bien que comulgando mas á menudo seria necesario reformar las costumbres, romper ciertas aficciones poco inocentes, vivir con mas regularidad, corregir ciertos defectos, reformar el lujo, domar las pasiones, mortificar el natural, ser mas religiosos y mas devotos, en fin, llevar una vida menos mundana y mas cristiana, y esto es lo que no se quiere hacer y lo que tambien da márgen á todos esos vanos pretestos que tanto alejan de la comunión y de que se vale el amor propio para tranquilizar y para enervar los remordimientos de una conciencia todavia cristiana. Conoce muy bien el demonio de cuan grande auxilio es para el alma este divino sacramento, para que no se valga de todo género de medios á fin de alejar á los fieles de la sagrada mesa; asi es que todos sus artificios tienden ó á impedir que se comulgue, ó á hacer que se comulgue indignamente. Comúlgase rara vez por el temor de comulgar mal; pero, ¿este largo intervalo de una comunión á otra sirve de disposicion para hacer una comunión mas santa y mas fervorosa? ¿Hácese cena mas fuerte contra las tentaciones porque se abstenga del pan de los fuertes? Privándose de este alimento divino que mantiene las vírgenes, ¿se hace mas religio-

so, mas mortificado, mas puro? Despues de haber pasado los tres, los seis meses sin comulgar, ¿se siente uno mas abrasado en el fuego del amor divino? ¿mas corregido de sus defectos? ¿hállase en mayor inocencia? ¿Qué ilusión, buen Dios! ¿qué error imaginarse que estará uno en mejor disposicion para resistir al enemigo, rehusando lo que nos sirve de escudo contra sus tiros! ¿Creer que siempre se encontrará lugar en el banquete celestial, despues de haberse privado de él por tan vanas excusas! La comunión frecuente pide una vida pura, santa, fervorosa; pero la privacion de la comunión, ¿nos dispensa de este favor y de esta santidad? Se trata de dejar los vicios ó la comunión y se determina dejar mas bien la comunión que los vicios. ¡Buen Dios, qué inicua preferencia! ¡qué impiedad!

¡Ay, Señor! ¡no permitais jamás que yo observe una conducta tan monstruosa y tan chocante! Haced ó Dios mio, por vuestra gracia que yo viva en adelante de un modo tan cristiano que esté en estado de comulgar con la mayor frecuencia.

## JACULATORIAS.

Jamás nos alejamos, Señor, de vuestra mesa sin que nos pongamos en peligro de perecer. (*Psalm. 71.*)

Cuanto mas nos acercamos á este divino Sacramento, mas fortaleza y mas luz recibimos. (*Psalm. 33.*)



## PROPÓSITOS.

Es mal modo de racionar el decir; yo no quiero comulgar, porque me reputo indigno de ello; debe, por el contrario, decirse: quiero trabajar cuanto me sea posible, con el auxilio de la gracia, para hacerme menos indigno de comulgar, por la inocencia de mi vida y por mi devocion. El creerse indigno y por tanto hacer lo posible para no serlo, es en alguna manera acercarse dignamente. «Si los mundanos os preguntan, por qué comulgais con frecuencia, dice San Francisco de Sales en su admirable libro de la introduccion á la vida devota, decidles que es para aprender á amar á Dios, para purificaros de vuestras imperfecciones, para libraros de vuestras miserias, para consolaros en vuestras aflicciones, para adquirir fuerzas contra vuestras flaquezas. Decidles que dos especies de gentes deben de comulgar á menudo, los perfectos, porque estando bien dispuestos harian un gran mal en no acercarse á la fuente de la perfeccion y de la santidad, y los imperfectos, á fin de corregirse para llegar á ser perfectos. Los fuertes para no enflaquecerse, y los flacos para llegar á ser fuertes. Los enfermos para curarse, y los sanos para no caer enfermos, y por lo que hace á vosotros como os considerais imperfectos, flacos y enfermos, necesitais comunicar á

menudo con aquel que es vuestra perfeccion, vuestra fortaleza y vuestro médico. Decidles que comulgais muchas veces para aprender á comulgar bien, porque apenas se hace bien lo que se hace pocas veces.» Seguid este sábio consejo.

Acercaos pues á Jesucristo cuantas veces os lo aconsejare vuestro director y vivid tan santamente que podais acercaros con frecuencia. Todos los libros de piedad estan llenos de prácticas santas para la comunion; adoptad una constante. Emplead todo el dia de la comunion en prepararos para ella, ó en dar gracias. No dejeis de asistir si os es posible á los divinos officios y pasad una media hora á la tarde delante del Santísimo Sacramento.